LA MAFIA CIENTIFICA

A las frases eufóricas de los banqueros y del gabinete económico, una ley de información que exigiera objetividad debería arrinconarlas en columnista insignificante de la página once de los periódicos y no permitir que los noticieros televisivos les dedicaran más de veinte segundos. Esos entusiastas ditirambos a la economía mexicana son pura propaganda corriente: pretenden que los desnutridos de México se alimenten con declaraciones oficiales, ya que no pueden hacerlo con viandas reales.

La ciencia económica siempre está en tentación de entusiasmarse con las cifras crecientes del producto nacional, máxime cuando al economista le pagan por computarlas. Pero en un país con la más inicua y desigual distribución del ingreso, como es el nuestro, los apasionados números sobre aumento de la inversión o sobre futuras capacidades petroleras no significan absolutamente nada. Arabia Saudita tiene un producto per cápita mucho mayor que los Estados Unidos, pero el 97 por ciento de su población vive en miseria espantosa. La fabulosa riqueza global de Irán sólo acarrea bienestar para las diez mil familias privilegiadas de ese país oprimido y masacrado. Un pueblo es rico cuando la distribución es equitativa, no cuando las cifras globales alcanzan alturas estratosféricas. Ahora bien, ningún hecho actual ha significado mejoría de la estructura distributiva. El entusiasmo de los economistas resulta entonces sarcasmo estricto.

Pero con ocasión de la ciencia económica es importante abordar el dictatorial engaño cientificista que hoy aqueja al mundo entero. A partir de Augusto Comte el positivismo ha dado en decretar que es anticientífico decir "equitativo" o "inicuo" o "injusto", etc., so pretexto de que la moral ha sido superada y sepultada por el conocimiento científico. Documentalmente consta que Comte quería que hubiera en la sociedad un Poder Espiritual integrado por científicos positivistas, el cual definiera en cada caso qué opiniones o juicios pueden sostenerse y qué opiniones o juicios deben descartarse por ser anticientíficos. Consta que con ese Poder Espiritual pretendía el reaccionario de Comte poner un dique a las ideas revolucionarias que con toda fuerza de la moral juzgan injusta a la sociedad. Lo interesante es que los actuales historiadores de la filosofía consignan ese plan conservador de Comte como una mera curiosidad histórica extravagante, como si no se hubiera realizado. Pero de todas las ideas de Comte ésa es la que se ha llevado a la práctica con mayor seriedad y en más amplias dimensiones. Salvo algunas excepciones, todo el establecimiento académico, todo el gremio de profesores de universidad o de bachillerato constituye ese Poder Espiritual soñado por Comte, y ejerce precisamente la función represora de la revolución mediante el procedimiento de desacreditar como anticientíficos los pronunciamientos morales. Lo apoyan además algunos periodistas que de cuando en cuando proclaman que la moral es anticientífica, y para colmo de paradoja, hay toda una corriente marxista que hace otro tanto. Nunca se le ha rendido al capitalismo reinante un servicio más útil ni más gratuito. Le matan el nervio a toda rebeldía desprestigiando ante las nuevas generaciones los juicios morales con que critican a la sociedad actual.

No hay espacio aquí para hacer ver la arbitrariedad de esa definición de lo que es científico. Pero alguien tiene que poner sobre aviso al pueblo de México y en especial a los estudiantes: los están engañando en masa con una definición completamente dogmática y anticientífica de lo que es ciencia.

Como ya advirtió el economista Galbraith, "en la ciencia económica la verdad no es siempre lo que existe; muchas veces es lo que puede manejarse mediante métodos aparentemente científicos" (El nuevo estado industrial, pág. 190). Las realidades más importantes "no son fáciles de recoger por las simplificaciones de la matemática y de la lógica simbólica" (ibid). Hace meses señalábamos aquí que la economía ha decretado que sólo lo escaso es objeto de estudio científico: por tanto, como los seres humanos no son escasos, para la economía no existen, y quien se preocupe por ellos es anticientífico. Igualmente: como lo cuantificable y medible es la demanda, las necesidades que no se manifiestan en demanda no existen. Asimismo en el mercado de trabajo: los obreros que no tienen empleo no pueden manifestarse, mediante negociaciones colectivas ni mediante huelga, por consiguiente, no existen. Son como elemento telúrico, como el aire que no cuesta; no entran en las categorías de lo científico, por que no son recurso escaso. Como ve el lector, es de una arbitrariedad infinita esa definición de ciencia.

Pero más arbitraria es todavía la que el formalismo lógico sostiene cuando excluye como anticientíficos los pronunciamientos morales.

Es como si un físico acústico decretara que, siendo el número de vibraciones por segundo lo único medible, el sonido del fagot y el del cello son iguales si dan la misma nota; por tanto, el timbre que distingue las voces de esos dos instrumentos, científicamente no existe. O como cuando el positivismo jurídico determina que, si no consta en acta notarial o judicial, una masacre, científicamente no existe, aunque hayan corrido ríos de sangre. Exactamente la misma arbitrariedad nos espeta el positivismo lógico cuando decide que lo no reducible a fórmulas algebraicas no es científico, que lo no reducible a experiencia de alguno de nuestros cinco sentidos ni siquiera es conocimiento, sino mera exclamación afectiva. En eso consiste su famoso principio de verificabilidad. Desgraciadamente para el positivismo, tampoco él puede señalar bajo qué condiciones sensibles sería falso su criterio de demarcación, tampoco él puede decir a qué experiencia visual o auditiva se reduce la definición de ciencia que él da; por consiguiente, es anticientífica en virtud de la misma definición de ciencia que él da.

Además, la Filosofía del Lenguaje le está resultando fatal. Pues toda ciencia es discurso, consiste en actos de lenguaje. Ahora bien, aun para fingir, aun para engañar, se necesita que la presuposición general sea la obligación de veracidad; si no, ya no se engaña a nadie. El hecho mismo del lenguaje no podría existir si el imperativo moral de honradez no existiera. El ser (la existencia del habla) está basado en el deber ser. Y la ciencia, como todo acto de lenguaje, presupone moral, aunque haya científicos tan superficiales que no se den cuenta.

Porfirio Miranda
UAM-Iztapalapa